

«LAS CONFESIONES» DE S. AGUSTIN Y LAS INQUIETUDES FILOSOFICAS DE HOY

JAIME VELEZ, S. J.

INTRODUCCION

1 — La Apología

Si se excluye la Biblia, difícilmente se hallará en la literatura universal, un libro más bello y más tierno, más patético y sublime, más sugestivo y profundo, más místico y filosófico, que las Confesiones de San Agustín. «Qué libro hay de los míos —escribe el santo— que se lea más frecuentemente y con más deleite que el de mis Confesiones?» (De dono persever. cp.20,n.53). Y en el libro II de las Retractaciones: «Sé que mis Confesiones han agradado y agradan mucho a muchos de mis hermanos».

Petrarca, el gran humanista italiano, veía en él su propia vida y el solaz de su espíritu; cuando extasiado en un monte de la Provenza, toma el libro de las Confesiones y lee al azar «Y van los hombres a admirar los altos montes, y las ingentes olas del mar, y las anchísimas corrientes de los ríos, y el ámbito del océano, y el curso de los astros, y se olvidan de sí...», súbitamente herido cierra el libro y emprende el descenso sin hablar palabra. *Sta. Teresa*: «Como comencé a leer las Confesiones parece que me veía yo allí... cuando llegué a su conversión... estuve por un gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí misma, con gran aflicción y fatiga». (Vida, cp.9) *Harnack* el racionalista: «Es este libro de las Confesiones, todo él impregnado de lágrimas u oraciones... una incomparable pintura del alma a la vez realista y espiritualista, un poema de la verdad, cuya unidad jamás es quebrantada y cuyo fondo es su propia historia de un infatigable investigador de la realidad como lo fué Agustín...» (cit. Angel C. Vega, O.S.A.; B. A. C. T. II, 258).

Zigliara: «Ni Sócrates, ni Platón, ni Aristóteles, ni ninguno de los grandes filósofos de la Antigüedad han hablado jamás un lenguaje como el suyo. Con éstos, aunque grandes, se está

siempre sobre la tierra y con el hombre; con Agustín se siente uno estar sobre el Sinaí o en el Tabor con Dios... Extasíame sus pensamientos, siempre luminosos, siempre sublimes, que se suceden y sostienen mutuamente con una lógica admirable. Mis ojos, aunque fijos en el libro, no leen; mas mi mente, como arrebatada y fuera de sí, váse tras la luz que la hirió, mientras el corazón da fuertes latidos y suspiros, como sintiéndose próximo a Dios». (cit. ib. pg. 256).

2 — El Nombre

No tituló su librito «confesión» o «conversión», aunque ambas forman el núcleo de la obra, sino que prefirió el nombre de CONFESIONES, porque si él confiesa sus pecados es para glorificar a Dios mostrando las maravillas del Señor; es el sentido latino-bíblico de confesar, como cuando Cristo dijo «Yo te confieso Padre, Señor de cielos y tierra». Es la de Agustín una confesión en que se acusa a sí mismo, y ¿qué es esto sino confesar que de muerto ha resucitado? Y ¿quién ha podido resucitarle sino Dios? Ved por qué el que se acusa así mismo alaba a Dios» (Serm. 67, I, 1). La conversión pues, de su alma a Dios, que es la culminación de sus CONFESIONES, es el final que sobrecoge el alma de Agustín abrumada por la serie infinita de gracias; por eso estalla en un himno de alabanza a Dios.

3 — El Tiempo

Este maravilloso libro salió del corazón de Agustín hacia el año 400, o sea, catorce años después de su conversión; lo cual plantea, para la crítica, el problema de su historicidad y sinceridad, como veremos en seguida.

4 — La División

Dejando la división por capítulos, la contextura interna de las CONFESIONES muestra que con el libro IX se concluye ese tortuoso peregrinar a través de descarríos y errores hasta llegar a su meta: «nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Tí»; parece confirmarlo la oración con que concluye el libro IX. El libro X es el más penetrante y sagaz *autoexamen de su alma* y con ello *de todo el* corazón humano; la psicología profunda y la más alta filosofía se derrochan con una seguridad jamás superada, como vamos a verlo. Los tres restantes libros cuentan las más arriscadas y sublimes *ascensiones teológicas* que dan vértigo; son el éxodo de *su pensamiento camino a Dios*, que habita la luz inaccesible; los libros anteriores narra-

ban la liberación de su alma, desde la cárcel y los hierros blandos en que la carne le tuvo aherrojado y desde las tinieblas en que su ceguera lo tuvo sepultado, hasta la mañana de su conversión en que pudo cantar el trino de alondra de su conversión.

5 — El Lector

Para qué lectores se escribió este libro? En primer lugar, para los que llama Agustín: «corazones fraternos». En segundo lugar, para los que recriminaban su vida pasada, al verlo en la cumbre del episcopado; por eso con maestría de oratoria exclama: «Es a tu misericordia, no al hombre mi mofador, a quien hablo» (L.I,6). A veces tiene en cuenta al malévolo lector, como cuando al narrar *el dolor por su madre muerta*, añade: «Dejé correr las lágrimas hasta entonces represadas, y las dejé correr a rienda suelta, haciendo con ellas como un lecho a mi corazón, que halló descanso en ellas, porque estabas Tú allí para escucharme, no un hombre para juzgar soberbiamente de mi llanto» (L.IX,12).

6 — El Motivo

Sobre el motivo que llevó a Agustín a dejar estas páginas sublimes, nos lo aclara su biógrafo y amigo confidente, San Posidonio: «Quiso hacer esto escribir las CONFESIONES como dice el Apóstol, para que *nadie de los mortales* creyese o pensase de él más de lo que él conocía, que era y afirmaba de sí, usando en ello el estilo propio de la santa humildad, *no queriendo engañar a nadie* ni buscar su alabanza, sino sólo la de su Señor...» Buscaba pues la humillación propia, cuando se encontraba en la cumbre de la gloria y estima. *Modernamente algunos* críticos han querido ver en las CONFESIONES una apología o *defensa* propia del santo contra sus calumniadores; esta teoría refutada por críticos de nota como Próspero Alfaric (cfr. B.A.C., T.II,280) está en abierta pugna con el tono de las Confesiones, cuyo acento de dolor y sinceridad es demasiado profundo, *demasiado espontáneo*, demasiado encendido y lacerante, para que puedan admitirse otros motivos menos puros y desinteresados que la humillación propia y la glorificación de Dios. Ello nos lleva a decir algo sobre la *sinceridad y valor* histórico del libro.

7 — La Historicidad

Por lo antes anotado, la crítica moderna ha puesto en tela de juicio la historicidad, y por consiguiente la sinceridad de las

CONFESIONES; arguyen que en catorce años de distancia, los hechos allí narrados se cambian y colorean por el interior del santo, totalmente *diverso* mientras los escribe, de cuando se realizaron.

Muchos son los críticos que no están de acuerdo con esa argumentación; valgan los nombres de Wörter, J. Martin, Portalié, Seegberg, Mandon, Bertrand, Legrand, Batiffol, etc... (cfr. B. A. C., T. II, p. 85). Además, podríamos argüir: los hechos de las Confesiones se falsearían, o por *incapacidad de su autor*, —lo cual es inadmisibile en un genio como el de S. Agustín—, o por *improbidad moral* del mismo, lo cual es aún *más inverosímil*, pues en ese libro hay detalles que denotan un escrúpulo por la verdad; valga de ejemplo cuando oyó la voz y añade que no sabría decir si de niño o niña; en una confesión *tan cristiana* y dolorida como la de este libro, hecha en presencia de Dios, se hace imposible la falsedad. Hemos de notar además, que las Confesiones no son propiamente una «autobiografía» sino más bien un «*diorama*» en el que se describen las etapas por las que pasó su alma hasta llegar a Dios; son un *canto apasionado*, arrebatado, himno de misericordia y gratitud, y por lo mismo no son una *fría exposición* o recuento, sino más bien un poema sentido con el más hondo lirismo, de *las verdades adquiridas* a costa de sufrimientos y lágrimas.

8 — La Forma

La forma en que está escrito este librito es única y personal y sobre todo original; todo él está redactado en un ambiente religioso, cristiano y desde ese ángulo presenta los hechos; por eso en él se incluye una filosofía que va mezclada con oraciones, lágrimas y suspiros, que reconoce a Cristo por encima de Platón y que se confunde con la enseñanza religiosa de su santa madre. Por eso tanto fascina y encanta el librito.

9 — El Secreto

El misterioso encanto que posee este libro para embelesar las almas, nos introduce ya al tema central de nuestra disertación. Buscando la razón o el por qué de esa atracción irresistible que ejercen las CONFESIONES, hemos de confesar que no es el fondo del mismo relato lo que nos encanta y arroba; no puede ser la confesión misma de Agustín, pues no encontramos en ella sino pecados y acciones vulgares, comunes a la mayoría de los estudiantes: que no le gustaba estudiar griego, que era amigo de triunfar en el juego, que robó unas peras, que le en-

gañaron los maniqueos con promesas de verdad, que se enredó en unos amores a los diecinueve años, que engañó mintiendo a su madre para ir a Roma: *Todo el secreto está* más bien en la manera de narrar esas trivialidades, con sinceridad cruel y sangrante, con esa desnudez que pasma, con ese profundo análisis del corazón humano y con ese eterno recurso a Dios. *Si narra* los extravíos de su juventud, no lo hace con el *desenfado y cinismo* de un Rousseau, que después de cubrirse de inmundicias, tiene la desfachatez de retar a los demás a que levanten el dedo si son mejores que él. Agustín en cambio, describe sus miserias, pero al reflexionar, ve en el pecado la ofensa a Dios y por eso el recuerdo de sus descarríos le abate y contrista en tal forma, que su corazón se derrama por aquellas páginas con lágrimas y sangre; confiesa sus pecados en público no sólo con el espíritu de penitencia y reparación, sino sobre todo con el anhelo de desfogar los sentimientos nobles de su alma, con la imperiosa necesidad de respirar aires puros, de exhalar la llama de su amor que irrumpe agradecida al Señor, a quien se debe alabar: «Recibe los libros de mis CONFESIONES —escribe al Conde Darío— ...mírame en ella porque no me alabes más de lo que soy; *créeme, no por lo que otros digan de mí, sino por lo que yo digo en ellas; contéplame en ellas y vé lo que fuí en realidad, cuando estuve abandonado a mí mismo, y si algo en mí agrada-re, alaba conmigo a Aquel, a quien quise alabar por causa de mí...*»

No es sólo *éso* el secreto del encanto sin igual; es además ese espíritu proselitista que impregna el libro de Agustín, porque este gran hombre arrastra y subyuga: «en el bien y en el mal, Agustín no puede estar solo. Sus confesiones tienen una gracia seductora y más que convencer con argumentos, *persuaden* y arrastran con los más vívidos ejemplos; aquí reside la más honda causa de su inmortalidad: *las Confesiones son el más moderno y más impresionante de los libros filosóficos.*

MENSAJE DE «LAS CONFESIONES» PARA LA FILOSOFIA ACTUAL

La corriente actual filosófica del existencialismo ha reclamado a S. Agustín como uno de los más apasionantes filósofos que haya *preludiado el pensamiento contemporáneo*. Nuestro estudio sobre las CONFESIONES intenta precisar *el acierto* de esa afirmación, mostrando cómo a *dieciséis* siglos de distancia

este genial pensador, se anticipa a lo novedoso de nuestros filósofos actuales, y sin caer en sus desvaríos, les señala la ruta. Toda la problemática de la filosofía actual, especialmente la existencialista, está formulada y solucionada en el librito.

Sin pretender analizar el existencialismo, lo que daría largos e interesantes temas de estudio, recordemos que esta nueva corriente filosófica se profesa asistemática, es decir, *no quiere ser una doctrina racional y lógica*, y que por consiguiente se podría definir como un esfuerzo que, apoyándose en *la existencia humana concreta*, o sea, en la experiencia individual, pretende resolver los problemas del ser, en toda su amplitud y sobre todo en relación con el hombre. En *otras palabras*, quieren los existencialistas resolver los problemas filosóficos *mediante una reflexión introspectiva*, sin apelar a los datos racionales. Toda la finalidad de este *pensar nuevo* consiste en un llamamiento a vivir *personalmente*, es decir, a no dejarse diluir en el anonimato de la impersonalidad; de ahí las características de este nuevo método de donde salen las doctrinas existencialistas. Confrontemos pues, los principales capítulos o características del existencialismo con las CONFESIONES de San Agustín.

Primera Caract.: El método Subjetivo

La nueva filosofía aboga por un nuevo método que sustituya al raciocinio y que consiste en un examen o introspección o buceo por las intimidades del hombre, para hallar sus constitutivos y decirle al hombre cómo debe vivir su existencia; es por lo tanto, un *autoexamen* para sacar el núcleo o *meollo* de la intimidad humana, de nuestro *ser más hondo* y personal. Sören Kierkegaard, padre del existencialismo, consigna en sus diarios y escritos, que son autobiografías del más hondo patetismo, el más fiel retrato de su alma angustiada, que no encuentra su vida auténtica hasta que se sitúe como pecadora ante Dios. Todos los existencialistas reconocen que con esta nueva forma de pensar se abrieron las rutas para el existencialismo.

Las CONFESIONES de S. Agustín son el más sorprendente ejemplo de sinceridad, el más fiel retrato de su alma: sus sentimientos más íntimos, sus anhelos más sutiles, sus ambiciones más secretas, su mundo interior más recóndito, con sus bellezas y fealdades, con sus vilezas y sublimidades, con sus vergüenzas y acciones inmundas... todo sale a luz sin reticencias o eufemismos, sin disculpas o atenuaciones, como una confesión hecha ante Dios: «Si yo intentase ocultarte algo, Señor, qué ha-

ría yo con ello sino escondérmela a tí de mí, no a mí de tí... Ved aquí, Señor, mi corazón; vedle aquí cómo es por dentro...!» (X,2;IV,6). *Lorenzo Ribes* en el prólogo a las *Confesiones*:

San Agustín ha sido llamado rey de corazones. Raudal afluente de cordialidad, es acaso el Santo del santoral más rico de simpatía. Nadie ni nada se esconde de su invencible calor, ni se sustrae a su blanda tiranía. Plugo a Dios darle anchura de corazón, como la de las arenas que ciñen la inmensidad del mar. Sus *Confesiones* son la odisea por este amargo mar interior de un corazón sin fin y sin suelo; maravilla de profunda introspección; oceanografía insondable, medición estupenda del abismo desde cuyas profundidades el alma eleva a Dios la voz de sus clamores temblorosos. Agustín, hijo de tantas lágrimas, no ha dejado de encender el llanto de tantos ojos como son los que se han posado en esta implacable y sollozante confesión, que es a la vez oda y elegía, psicomaquia y triunfo, drama sacro y epopeya íntima, salterio de la misericordia y el juicio, viaje del alma, tránsito del Señor. Por dondequiera que ha pasado su espíritu, la peña se ha convertido en hontanar. *Flabit spiritus ejus et fluent aguæ*.

Es tan verídica la sinceridad estampada en el librito, que ya anciano, en la hora de las Retracciones, Agustín examinó esta obra de sus precoces fervores; vió que era buena y su corazón se exultó en Dios, reconoció la voz de este su hijo predilecto, aspiró el olor de sus vestidos, y con humildad sollozante añadió a sus CONFESIONES esta medrosa acusación y este pungente epílogo:

«En el libro cuarto, cuando confesé la miseria de mi alma con motivo de la muerte del amigo, al decir que nuestra alma, en cierta manera, de dos se había hecho una sola, yo escribí: «Por ende temía yo morir, para que no muriera todo aquel a quién había amado con extremo». Esto me parece ahora más propio de la ligereza de una declamación que de la gravedad de una confesión; por más que esta ineptia mía esté algún tanto atenuada por el adverbio reticente *acaso*. Y en el libro décimo-tercero, cuando dije: «Vemos el firmamento hecho entre las aguas superiores espirituales y las corporales inferiores», asaz inconsideradamente lo dije, porque es cosa ésta muy abstracta. Esta obra de mis *Confesiones* comienza así: «Grande sois, Señor...» Y es un himno torrencial, añado yo, es una glosa férvida e inmensa del versículo invitatorio del salmo: «Confesad al Señor, porque es bueno y porque es eterna su misericordia».

Siempre admirable, Agustín. Admirable en sus yeros y admirable en sus intuiciones. Admirable en sus

caídas y en sus levantamientos. Admirable en sus tinieblas y admirable en su luz. *Sicut tenebræ ejus ita et lumen ejus.*

Segunda Caract.: Excitar a la vida personal

Si el existencialismo bucea por los océanos de la intimidad humana, es para que los hombres que leen esas páginas escritas con sangre del propio corazón, se muevan a vivir una vida auténtica y propia; así pues, el filósofo que hace el autoexamen ha de encarnar los más limpios y auténticos sentimientos del hombre.

Que Agustín cumpla a cabalidad esta condición no hay quien lo ponga en duda después de leer sus confesiones; todos nos sentimos espejados en esas páginas palpitantes de dramatismo. Es que el corazón de Agustín *no es algo exótico*, «*Quid es cor meum nisi cor humanum*» (De Trin. IV, pról.). «Y ciertamente en ningún escrito suyo nos ha dejado más vivo y palpitante su corazón que en sus CONFESIONES. Por eso este libro es el libro de todos. Todos en él encontramos un trozo inconfundible de nuestro ser, un pedazo sangrante de nuestro corazón, un jirón de nuestra vida íntima y confidencial, y con frecuencia no de lo que hay en ella de más vil y despreciable». (B. A. C. T. II, 250). Así pues, si Agustín nos describe su corazón con pinceladas de artista, deja con ello el más preciso y completo retrato del hombre, ese hombre buscado afanosamente por los pensadores modernos.

Tercera Caract.: La inquietud humana

El existencialismo, escrutando las profundidades del hombre, halla como característica primordial, indiscutible y si es permitido decir, como quintaesencia de nuestra personalidad, *la inquietud humana*, esa insatisfacción debido a que para el hombre se abren todas las posibilidades de existir en diversa manera, de elegir libremente; es animal *abierto* diría Bergson, en contraposición del bruto, que es animal *cerrado*; todos los existencialistas, Heidegger, Sartre, Jaspers y Marcel, por mencionar sólo los más salientes, son de unánime parecer, que esta inquietud es el constitutivo más característico de la existencia humana; en esto siguen las huellas de su iniciador, Sören Kierkegaard, quien dejó en sus diarios y en sus obras «temor y temblor», «concepto de la angustia» etc. . . la más patética autobiografía de la inquietud humana.

Insuperable es el patetismo con que Agustín describe su vida. Sus Confesiones ya en el 1er. cp. formulan el más pro-

fundo apotegma, el diagnóstico más acertado de la existencia humana y que nuestros filósofos contemporáneos después de muchos tanteos y acrobacias, no han podido, no digo superar, pero ni siquiera igualar *«nos has hecho Señor para Tí y nuestro corazón está inquieto mientras no halle descanso en Tí»*. (L.I,1). En las Confesiones Agustín describe con todo el dramatismo, su vida como una lucha, como una desesperante búsqueda por la verdad hacia donde el hombre está imantado; de ahí que salga un poema de una vitalidad, de una acción tan vigorosa, tan emocionante, tan una, que se podría llevar a escena apenas sin retoques; Agustín que vivió la problemática del maniqueísmo, posee de la vida una concepción agónica, la palpa y describe como una *lucha* entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre el espíritu y la carne, entre el mundo y Dios. En el fondo pues, *las conf. no son más* que la descripción de aquella lucha trágica interna, de aquella psicomagia o combate espiritual de que habla S. Pablo y que cantan los poetas de todos los tiempos. Para que no se crea que son afirmaciones gratuitas, espiguemos en las CONFESIONES unos cuantos pasajes en donde se nos describe con pincel insuperable, *esa lucha o inquietud humana*.

a) Ya cuando analiza su más temprana infancia, apunta que si bien el hombre tiende a Dios, en este dinamismo se va dilacerando su ser:

«Esta edad mía, Señor, que no me acuerdo haber vivido, acerca de la cual hube de atenerme al testimonio ajeno, y por los otros niños barrunté que yo también la viví, por grande que sea el crédito de esta conjetura, me duele contarla como una parte, siquiera la primera y rudimentaria, de esta vida mía que sigo viviendo en este siglo. Porque por lo que toca a las tinieblas de mi olvido, esta parte de mi vida corre parejas con la que viví en el seno de mi madre. Y si yo fuí concebido en iniquidad, y si en pecados mi madre me nutrió en su seno, ¿en qué lugar o en qué tiempo, suplicoo, Señor, fué inocente este siervo vuestro? Pero quédese a un lado este tiempo. ¿Qué tengo yo que ver con él, si no puedo descubrir en mí el rastro más leve de sus pisadas?»

b) Su segunda infancia la interpreta como un entrar en el fondo del proceloso mar de la vida:

«De esta guisa yo fuí comunicando con mis familiares aquellos signos intérpretes de mi voluntad y, colgado de la autoridad de mis padres y del albedrío y gobierno de mis mayores, penetré un paso más adentro en la tormentosa convivencia de la sociedad humana».

c) Comienzan los incidentes de la adolescencia, que si bien parecen *insignificantes* mirados desde fuera, son la novela de un estudiante que frecuenta la escuela de un pobre municipio rural «aprender las letras, en las cuales, mísero de mí, ignoraba qué utilidad había. Y con todo eso, si en el aprender era perezoso me azotaban» (I,9). «Las personas mayores aprobaban esto y lo celebraban». Surgen entonces la pasión por el juego y el amor precoz de la gloria (cp.10) y con ello comienza el corazón a inquietarse y sufrir. En el cp. 12 confiesa: «yo no gustaba del estudio y aborrecía que me forzase a estudiar» y apunta en seguida la paradoja del corazón humano: «Y no obstante, se me forzaba a ello y con eso se me hacía bien. Y yo no hacía bien si no aprendiera si no se me forzaba. Ninguno por fuerza hace bien, aunque sea bueno lo que hace». He ahí planteado todo el inquietante enigma de la vida. Aparece después en el adolescente el odio por una disciplina costosa y dura, el griego (cp.13). La insensata pedagogía que al enseñar las fábulas griegas diviniza los vicios e incita a la lujuria, empujando al muchacho a la tragedia de su carne. Cuando nace la vanidad en su corazón y se recuerda de ello, pinta la angustia: «... vuestras alabanzas, por medio de vuestras criaturas, hubieran sostenido la vida caediza de mi corazón; y yo, presa torpe de las aves carniceras, no fuera arrebatado por la vanidad de estas niñerías» (I,cp.17). También aquí, se plantea la lucha humana: amar más las reglas del lenguaje que las de la moral (cp. 18). Ya comienza a pergeñarse la angustia del hombre por su maldad:

«Qué había entonces más feo que yo ante vuestros ojos? En muchas ocasiones los ofendía, engañando con mentiras sin fin al pedagogo y a los maestros, por pasión de jugar, por curiosidad de ver espectáculos vanos y por la regocijada inquietud de remedarlos. Cometía hurtos de la despensa y de la mesa de mis padres, ora por imperio de la gula, ora por tener con qué regalar a los otros muchachos, que me vendía su juego; y con ello nos divertíamos unos y otros. Y aun en este juego, muchas veces yo vencido, por vana codicia de sobresalir, amañaba victorias fraudulentas. ¿Y qué cosa había que yo llevase más a mal y con mayor coraje, si acaso lo sorprendía, que aquella añagaza misma que yo hacía a los otros? Y si el descubierta era yo, y yo el reprendido, antes que ceder, prefería andar a repelones y puñadas.

¿Es esto inocencia pueril? No lo es, Señor, no lo es; permitidme que lo diga, Dios mío. Pues esta misma primitiva pasión que en edad de pedagogos y de maestros son nueces, pelotas, pajarillos, cuando se transporta a gobey-

nadores y a reyes, son oro, predios, esclavos. Y esto mismo, de la edad pequeña pasa a las sucesivas edades mayores; como al castigo de la férula suceden sanciones más aflictivas».

Viene entonces la pubertad con el torbellino de sus pasiones. Impresionante es el proemio con que inicia la descripción de las luchas torturantes de su corazón:

«Quiérome acordar de mis fealdades pasadas y de las carnales torpezas de mi alma, no porque yo las ame, sino por amaros a Vos, Dios mío. Esto haga por amor de vuestro amor, trayendo a la memoria mis caminos torcidos con amargura de mi renovado recuerdo para que Vos me seáis dulce, dulzura no falaz, dulzura feliz y segura, y me recojáis de aquel derramamiento en que a pedazos estuve dividido, mientras separado de Vos, que sois sólo uno, anduve desvanecido en muchas vanidades. Ardiendo estuve algún tiempo, en mis mocedades, con sed de hartarme de infernales deleites; y osé envilecerme con una breñosa vegetación de siniestros amores; y mi hermosura se afeó y no fuí sino podredumbre ante vuestros ojos por agradarme a mí y por deseo de agradar a los ojos de los hombres».

Hace contraste impresionante con ese torrente atronador de pasiones, el silencio de Dios como si con eso se quisiera relieves la trágica tortura del alma. El cp.3 nos pinta la holganza en Tagaste y las reconvenciones de la madre que aumentan las torturas. El hurto famoso de las peras hace que Agustín ausculte los más misteriosos móviles del corazón humano y las más recónditas raíces de su inquietud:

«Había un peral en la vecindad de nuestra viña, cargado de peras, no codiciaderas, ciertamente, ni por su aspecto ni por su sabor. A sacudir el peral y desfrutarlo fuimos unos pésimos muchachos hacia la medianoche, pues hasta aquella hora habíamos, por apetosa costumbre, alargado el juego, y nos llevamos de allí grandes cargas, no para regalo nuestro, sino para arrojarlas a los puercos; y si llegamos a catarlas con diente displicente, fué sólo para darnos el gusto de hacer lo que nos estaba vedado.

Este es mi corazón, Dios mío, éste es mi corazón, de quien hubisteis piedad en lo más profundo del abismo. Dígaos ahora este corazón mío qué pretendía con este hurto sino ser malo de balde, y que la causa de mi malicia no fuese otra que la misma malicia. Aborrecible era, y yo la amé; amé mi perdición, amé mi culpa misma, alma ahita de torpezas, caída de la firmeza de vuestro apoyo para su ruina, sin otro fin en su ignominia que la misma ignominia».

De aquí pasa a uno de los más finos análisis que se hayan podido hacer sobre el aliciente del pecado:

«De suerte que cuando se inquiere la causa por qué se cometió un pecado, no se suele creer que sea otra sino el deseo de alcanzar alguno de aquellos bajos bienes que dijimos, o el miedo de perderlos. Hermosos son, sin duda, y estimados, aunque en parangón con aquellos superiores y beatíficos son abyectos y al ras del suelo. Fulano ha matado a un hombre. ¿Por qué lo mató? Porque deseó a su mujer, o codició su hacienda, o quiso robarle por tener con qué vivir, o temió que el otro no le quitase otro tanto, o, agraviado tal vez, ardió en fuego súbito de venganza. ¿Hubiera perpetrado el homicidio sin motivo alguno, sólo por el placer del homicidio? ¿Quién lo creará? Porque aquello mismo que se dice de un hombre malvado y en exceso cruel, es a saber, que era malvado y cruel de balde, tiene su inmediata explicación: es, a saber, porque por no manejarlos se le encanijase la mano o el ánimo. ¿Y esto, por qué? ¿Por qué esto? Por apoderarse del gobierno de la ciudad con el ejercicio de aquellas maldades y alcanzar honores, poderío, riquezas; por librarse del temor de las leyes y del mal pasar la vida a causa de la mediocridad de su patrimonio y la conciencia de sus crímenes. Pues ni el mismo Catilina amó sus propias maldades, sino el motivo por qué las cometía».

Se aterra de ver que si los otros pecan por la atracción del bien, él peca por amor al mal:

«Pero ¿qué fué lo que yo, miserable, amé en tí, oh hurto mío, oh abominable hazaña mía nocturna del año décimosexto de mi edad? No, no; tú no eras bello, puesto que eras hurto. ¿Eres, acaso, algo real para que yo hable contigo? Hermosas eran aquellas peras que hurtamos, porque criaturas vuestras eran, oh Hermosura sin par, Criador de todas ellas, Dios bueno, Dios Sumo Bien y bien mío verdadero; hermosas eran aquellas peras, pero no las apeteció mi alma miserable. Pues yo tenía abundancia de mejores, y aquéllas cogí sólo para hurtar. Pues así que las tuve cogidas, las eché, banqueteando con mi sola iniquidad, con que me holgaba y fruía. Si algún bocado de aquellas pomas entró en mi boca, lo que las sazónaba y endulzaba era la sola maldad.

Y ahora, Señor Dios mío, pregunto qué fué lo que me deleitó en el hurto de las peras. Seducción no tenían ninguna. No digo ya la seducción que relumbra en la justicia o en la prudencia, ni la que reside en la inteligencia humana, en la memoria, en los sentidos, en la vida vegetativa. Ni eran así hermosas como son hermosas las estrellas, tan graciosas y lindas en sus movimientos y giros; ni como son hermosas la tierra y el mar, llenas de seres

vivos que, naciendo, suceden a los que fenecen; ni aun siquiera tenían aquella belleza especiosa y aparente con que los vicios nos engañan».

Penetra más en su corazón y descubre la complicidad o perversidad de contagiarse el mal a otros:

«Era una cierta risa que nos cosquilleaba el corazón, la cual nacía de ver que engañábamos a quienes no pensaban que nosotros hacíamos aquello y por ninguna manera querían que lo hiciésemos. ¿Y por qué me deleitaba el no hacerlo yo solo? ¿Sería porque tampoco nadie que esté solo fácilmente ríe? Verdad es que nadie ríe fácilmente solo; pero, no obstante, algunas veces la risa vence a los hombres que están a solas si a los sentidos o al ánimo ocurre algún caso que sea muy risible. Mas yo, en fin, solo no lo hiciera; no, no lo hiciera completamente solo».

e) Estalla entonces la crisis de la pubertad y cae en los brazos del amor carnal, trocados pronto en hortigas y azotes; ¡con qué patetismo nos describe la lucha de su corazón!:

«Vine a Cartago, estando yo metido en un sonante hervidero y como sartén de viciosos amores. No amaba todavía y deseaba amar, y con una más secreta pobreza enojábame conmigo mismo porque era menos pobre. Deseoso de amar, para mi amor buscaba objeto y aborrecía el camino seguro, sin trampas ni celadas, porque tenía una hambre entrañable del mantenimiento interior que Vos, Dios mío, y con aquella hambre no hambreaba, sino que estaba sin deseo de los manjares incorruptibles, no porque estuviese ahito de ellos, sino que cuanto más vacío estaba experimentaba mayor hastío. Y por eso no estaba buena mi alma, y toda ulcerada lanzábase afuera, miserablemente deseosa de cosquillearse con el contacto de las cosas sensibles. Si ellas no tuvieran un alma, ciertamente no serían amadas.

¡Amar y ser amado era harto más dulce para mí, especialmente si gozaba del cuerpo de la amante. Encuciaba yo, pues, la vena de la amistad con las sordideces de la concupiscencia y nublaba su blancura con la sombra tartárea de la carnalidad, y siendo sucio y deshonesto, con abundante vanidad ufanábame de ser galán y cortesano. También me despeñé en el amor en que deseaba ser cautivo. ¡Oh Dios mío y misericordia mía: con cuánta bondad y con cuánta hiel me acibarásteis aquel insano gusto! Porque es de saber que fui correspondido. Y llegué al enlace secreto y sabroso, y dejéme alegremente prender en serviles ataduras, para que luego, muy pronto, los celos me azotasen con sus recias varas de hierro candente, y de sospechas y de temores, y de enojos y de porfías».

La lectura del «Hortensio» ciceroniano le enciende la primera emoción profunda intelectual y lo conmueve en lo más hondo por el amor a la sabiduría; junto con este goce aparece la insatisfacción:

«Y la única cosa que aguaba en mi tamaño incendio era que no había allí el nombre de Cristo, porque este nombre, según vuestra misericordia, Señor, este nombre de mi Salvador, Hijo vuestro, ya en la leche misma de mi madre habíalo bebido piadosamente el tierno corazón mío, y lo retenía entrañable y profundo, y todo lo que se hallaba sin este nombre, aunque fuese literario y pulido y veraz, no me arrebatava por entero».

Además de esa búsqueda afanosa por la Verdad, no encontrada en parte alguna, le acucia y atormenta el problema del mal en el mundo (cp.7) y el vivo enigma de la moral estable y la moral tornadiza (cp.8).

f) Con el libro IV se abre una nueva etapa que dura casi diez años, el profesorado en Tagaste y Cartago, cuando se debaten los problemas más álgidos del corazón y de la mente; si el amor había hecho presa de su carne, el error lo hacía de su entendimiento: «Caí por mi mal en manos de unos hombres soberbiamente delirantes, carnales en demasía, locuaces en exceso, en cuya boca había lazos del diablo y una dulzura falaz y pegajosa... Su corazón estaba vacío de verdad y decían continuamente: Verdad!, verdad!».

Esta búsqueda de la verdad fatigará cruel, obstinada, tiránicamente, durante un novenio trágico, los días de Agustín; él la buscará por sendas torcidas, por países peregrinos, con osadas exploraciones. Se encanta de Fausto, pero muy pronto se desengaña, porque no satisface las angustiosas preguntas que Agustín le formula; su desengaño se agrava con las ruindades, que le hacen invivible la vida; no halla otro recurso sino huir a Roma burlando a su misma madre, quien presintió el engaño, lloró atrozmente aquella fuga impía y desalada, siguió hasta el mar al desalmado hijo fugitivo (L.VI,cap.1). Cae en las dudas del escepticismo y se arrecia más la zozobra con la fe católica y con las picardías de la juventud romana.

g) Con la cátedra de Milán se agudiza más la lucha; se trata de una de esas crueles alternativas que el existencialista Kierkegaard describe como cruciales en el hombre y que en Agustín consiste en decidirse entre la sabiduría y la vida marital, los encantos de la mente o los atractivos de la carne; la lucha es indescriptible «aquello que se retenía cautivo y me a-

guijaba poderosamente era el hábito despótico de saciar mi concupiscencia insaciable» (VI,12). Se presenta entonces uno de los episodios más trágicos, el adiós a su concubina, la madre de su hijo Adeodato: el corazón sangra y la carne pegadiza tiembla, pero le es forzoso apartar de su camino tenebroso esa piedra de escándalo y de tropiezo; hay en esta escena un caudal de pasión contenida, que tiembla pero no estalla. . . :

«Entre tanto, mis pecados se multiplicaban; y cuando fué arrancada de mi costado, como óbice de mi matrimonio proyectado, aquella mujer con quien solía compartir el lecho, mi pobre corazón se rasgó por la parte que se le adhería muy tiernamente, y quedó vulnerado y corriendo sangre. Y ella volvióse a Africa, haciendo a Vos voto que no conocería ya otro varón y dejándome a mí el hijo habido en ella.

Y yo, sin ventura, incapaz de imitar a una mujer, impaciente de dilación, pues que hasta pasados dos años no había de obtener la esposa que deseaba, y porque no era amante del matrimonio, sino esclavo del placer, me procuré otra, no esposa ciertamente, para cebar y prolongar la enfermedad de mi alma, dejándola no curada y agravada, bajo la garantía de un concubinato que durase hasta el advenimiento de la mujer prometida. Y no por esto se guarecía aquella íntima herida que me había causado la separación, la amputación de la primera mujer; antes, tras la fiebre y los dolores agudísimos, se gangrenaba y dolía. Dolía más fríamente, pero más desesperadamente».

Con mano temblorosa rubrica el epílogo patético de su atormentado corazón:

«¡Oh sendas tortuosas! ¡Guay del alma temeraria que esperó, si se apartaba de Vos, que iba a encontrar mejoría! Vuelta y revuelta a una banda y a otra, a la espalda, a los lados, boca abajo, dondequiera halla desabrimento, y Vos solo sois el descanso. Y he aquí que Vos estáis presto, y la libráis de los miserables errores y nos ponéis en vuestro camino y nos consoláis y decís: «Venid corriendo; Yo os traeré y Yo os conduciré hasta el término; y hasta allí os llevaré».

h) Comienza a apuntar la aurora; aunque los neoplatónicos, a quienes se adhiere por aquel entonces, no satisfacen sus ansias de verdad, sí lo van encaminando a Dios. Todo el Libro VII es un itinerario de su mente inquieta que, de la precariedad de las criaturas, salta a Dios en himno desbordante; por no haber llegado a la meta, aun en esa misma dicha siente el aguijón de la carne, lucha cruel que dilacera su alma:

«Yo mismo me maravillaba que ya os amaba a Vos y no a un fantasma en vuestro lugar. Pero la fruición de Vos, Dios mío, no era estable; vuestra hermosura me llevaba arrebatado a Vos; pero luego mi propia pesadumbre me arrancaba de vuestros brazos y volvía a caer a esta baja tierra con gemido. El peso que me tiraba así era el hábito de la carne. Mas vuestra memoria estaba conmigo. Yo ya no dudaba en manera alguna que hubiese un ser al cual allegarme y asirme, sin que todavía fuese yo capaz de adherirme a él, porque el cuerpo que se corrompe agrava el alma y el morar en la tierra deprime el espíritu, que se dispersa en mil pensamientos. Certísimo estaba yo que vuestras perfecciones invisibles, desde la constitución del mundo se hicieron visibles al entendimiento a través de las criaturas; también vuestra propia sempiterna virtud y vuestra divinidad. Pues buscando fundamentos para apreciar la hermosura de los cuerpos, ora celestes, ora terrestres, y para juzgar con entero y equilibrado juicio sobre las cosas mudables, cuando yo decía: «Esto debe ser de esta manera, aquello no»; buscando yo, digo, el fundamento de este mi juicio, cuando así juzgaba había descubierto sobre mi espíritu tornadizo la inmutable y verdadera eternidad de la verdad. Y así, gradualmente, yo iba ascendiendo de los cuerpos, y de ahí a aquella fuerza interior a la cual los sentidos corporales comunican las percepciones exteriores y señalan el límite de la inteligencia de los animales; y de ahí, con nuevo empuje, a la potencia racional, a cuyo juicio se somete lo que perciben los sentidos corporales. Y esta misma potencia, reconociéndose mutable en mí, se avivó y se irguió a la inteligencia de sí mismo y arrancó su pensamiento de la tiranía de la costumbre, sustrayéndose a las manadas de fantasmas contradictorios para descubrir qué luz era aquella que la bañaba, cuando sin ninguna suerte de hesitación clamaba a voz en grito que lo inmutable debía ser preferido a lo mutable; por donde conocía lo inmutable mismo (el cual si de algún modo no lo conociera, de ningún modo antepondría a lo mutable lo cierto). Y término de esta interior ascensión, llego a ver al Ser por esencia, en el lampo de una mirada temblorosa. Y entonces hallé que vuestras cosas invisibles se hacían inteligibles por medio de las criaturas; pero no pude contemplar de hito en hito esta verdad, y, rebatidos mis ojos por su propia flaqueza, volví a la vieja usanza, llevándome conmigo no más que una amorosa memoria y como la añoranza y deseo tierno de unos sublimes manjares olidos con que aún no podía regalarme».

i) El Libro VIII narra con vívidos e impresionantes colores toda aquella borrasca de su espíritu que irrumpe en la cri-

sis decisiva, la conversión; tantas historias de convertidos con que cuenta la literatura, y quizás en ninguna se siente tanto patetismo, tanta lucha palpitante como en este libro de Agustín; el más fino análisis psicológico de una conversión jamás podría superar en riqueza de detalles y en penetración de esa dinámica con que se suceden y agolpan los más encontrados sentimientos:

1) Experimenta un sentimiento alentador cuando le narran las conversiones del noble Victorino y sobre todo de Saulo; su voluntad se enardece y anima a ir a Dios, pero entonces se desata la tormenta: es la lucha de dos pedazos de su ser que se entrechocan allá en lo más íntimo de su alma. «Así que mis dos voluntades, la añeja y la reciente, aquélla carnal, espiritual ésta, peleaban entre sí, y en su rivalidad combativa me destruían el alma.

De este modo, y por mi personal experiencia, vine a entender aquello que había leído, es a saber: que la carne conspira contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, y yo, metido en ambos beligerantes, pero con más cantidad de *yo* en aquel que en mí reprobaba. Si bien en el que reprobaba, mi *yo* no estaba comprometido tan a fondo, porque en mayor grado lo soportaba contra mi voluntad, que no lo hacía de grado. Pero, con todo eso, la costumbre se había hecho contra mí más aguerrida, puesto que queriendo había yo llegado a donde no quisiera. ¿Y quién podía protestar con razón, si el castigo condigno iba en pos del pecado? Ya no tenía aquella excusa por la cual me persuadía a mí mismo falsamente que sí, menospreciado el siglo, aún no os servía, era porque no tenía certidumbre de la verdad, porque entonces sí que la tenía. Mas yo, ligado a la tierra todavía, rehusaba militar bajo vuestra bandera y temía tanto desembarazarme de todos estos estorbos como debiera temerse el embarazarse con ellos.

Así que, como acontece con el sueño, sentía yo blanda opresión de la carga del siglo, y los pensamientos que alimentaban mis meditaciones en Vos eran semejantes a los desperezos de los que quisieran despertarse, los cuales, vencidos por la tenacidad profunda del sueño, tornan a hundirse en el sueño. Y así como no hay nadie que quiera dormir ininterrumpidamente, y al sano juicio de todos es preferible el estado de vigilia, no obstante, difiere el hombre muchas veces sacudir el sopor cuando una pesada somnolencia entorpece los miembros, y aun lo toma con más gusto, a pesar de que esté harto de él y sea hora de levantarse. Asimismo yo estaba cierto que era mejor entregarme a vuestro amor que ceder a mi

apetito, pero lo uno me agradaba y vencía; lo otro me apetecía y me ataba. No tenía yo respuesta que daros cuando me decíais: «¡Arriba, tú que duermes; levántate de entre los muertos y Cristo te alumbrará!» Y haciéndome Vos ver por todos lados que decíais la verdad, yo, convencido de ella, no obstante, nada tenía que responder, sino sólo palabras lentas y soñolientas: «¡En seguida! ¡Ahora mismo! Dejadme un poco más». Pero no acababa nunca aquel «¡En seguida! ¡Ahora mismo!».

2) Su ánimo se vuelve a reconfortar cuando su amigo Ponticiano le cuenta la historia de aquellos dos jóvenes que dejan el mundo, pero vuelve a experimentar con todo el dramatismo la inconsecuencia de sus indecisiones en aquella lucha cruel:

«Así iba yo royéndome y carcomiéndome en el interior, y cubríame de horrible e intensa vergüenza cuando Ponticiano nos contaba tales cosas. Terminada la conversación y arreglado el negocio porque había venido, él se fué a su casa y yo me volví a mí mismo. ¿Qué de nuestros no me dije? ¿Con qué palabras recias como azcetes no flagelé mi alma, aguijándola porque me siguiera en mis conatos de ir en pos de Vos? Y ella rezongaba y bufaba; rehusaba, pero no se excusaba. Todas las razones estaban agotadas y refutadas: quedábale no más más que un temblor mudo y temía, a par de muerte, ser desviado de la corriente del hábito, en donde se encanijaba para la muerte».

3) Viene entonces la explosión de la crisis en el jardín doméstico:

«Entonces, en aquella gran pelamesa doméstica, de mi interior, en aquella fuerte riña con mi alma que yo había promovido en el aposento y recámara vuestra que es mi corazón, turbado así de rostro como de pensamientos, me precipito sobre Alipio y exclamo: «Qué es esto que aguantamos? ¿Qué significa lo que has oído? Se yerguen los indoctos y arrebatan el cielo; y nosotros, con toda nuestra ciencia sin corazón, nos revolcamos en la carne y en la sangre. ¿Por ventura, porque ellos van delante, tenemos nosotros vergüenza de seguirlos y no la tenemos siquiera de no seguirlos?».

Díjele no sé qué cosas como éstas y me arrancó de él aquella agitación tempestuosa. Alipio callaba y me miraba atónito; yo decía cosas insólitas con un timbre de voz nueva. Más delataban el estado de mi ánimo la frente, las mejillas, los ojos, el color, el acento, que las palabras que profería.

Había en la morada donde nos hospedábamos un pequeño huerto, del cual gozábamos como de toda la ca-

sa, pues no habitaba allí el huésped dueño de la casa. Allí me había arrojado la borrasca de mi espíritu. Allí no había nadie que estorbase la ardiente lid que yo reñía conmigo hasta que terminase con el éxito que Vos sabíais y yo no. Mientras tanto, yo enloquecía de cordura y moría de vitalidad, sabedor de lo mal que me sentía no sabedor de lo bien que de allí a poco había de sentirme.

Me retiré, pues, al huerto, y Alipio tras de mí, paso ante paso. Mi secreto no dejaba de ser secreto si él lo presenciaba. ¿Ni cómo me dejaría en semejante excitación?

Nos sentamos tan lejos de la casa cuanto pudimos. Mi espíritu vibraba indignado con una indignación turbulentísima porque no iba a beneplácito y pacto con Vos, Dios mío, a quien gritaban que era menester ir todos mis huesos; todos mis huesos, que hasta el cielo elevaban vuestros loores. Y a El había que ir, no con naves, ni con cuadrigas, ni siquiera con los pies con que habíamos ido de la casa al lugar donde estábamos sentados. Pues no ya ir allá, sino llegar allá, era no más que un querer ir, pero un querer recio y entero; no llevar de acá para allá, como en vaivén una voluntad medio lisiada, luchando la parte que se empina con la otra parte que se derrumba.

En la baraúnda hirviente de mis perplejidades yo hacía todos aquellos gestos que algunas veces quieren hacer los hombres y no pueden si no tienen los miembros adecuados, o los tienen impedidos con ligaduras o debilitados por enfermiza languidez o por otra cualquiera causa de estorbo. Si mesé mis cabellos, si golpeé la frente, si con los dedos cruzados apreté mis rodillas, porque quise lo hice. Pudo quererlo y no hacerlo si la agilidad de los miembros no hubiera obedecido. En todos aquellos extremos que hice, querer no era lo mismo que poder. Y, en cambio, yo no hacía lo que deseaba con un deseo incomparablemente más vivo; cosa que yo hubiera podido hacer desde el momento que lo hubiera querido; cosa que me bastaba querer verdaderamente para quererla efectivamente. Allí, la facultad era lo mismo que la voluntad y el mismo querer ya era hacer. Y con todo eso, no se hacía. Y mi cuerpo obedecía más fielmente a la tenuísima voluntad del alma, meneando tal o cual miembro al más leve mandato, que mi misma alma no se obedecía a sí misma para realizar en la voluntad sola su enardecida voluntad».

4) Con esto se agudiza más la lucha entre las dos voluntades contrarias:

«Ya no digan, pues, cuando sufran la contienda de dos voluntades en un hombre solo, que aquélla es la co-

lisión de dos almas contrarias, la una buena y la otra mala, formadas de dos sustancias contrarias y de dos contrarios principios. Porque Vos, Dios de verdad, los reprobáis, los refutáis, los convencéis. En la hipótesis de dos malas voluntades, imaginemos el caso de un hombre que delibera si matará a su enemigo con hierbas o a hierro; si se apoderará de tal fundo o de tal otro, puesto que no puede de ambos; si comprará placer por lujuria, o guardará su dinero por avaricia; si irá al circo o al teatro, si ambas funciones se dan el mismo día; y añadido un tercer caso: si cometerá hurto en casa ajena presentándose la ocasión; y añadido un cuarto caso: si va a cometer adulterio teniendo facilidad. Todas estas posibilidades, objeto de los mismos deseos que no pueden perpetrarse simultáneamente si coincidieren en un mismo artículo de tiempo, despedazan el alma con estas cuatro voluntades, o aún más, que se hacen guerra en tan gran abundancia de cosas presentadas a su apetito. Y, no obstante, ellos, por lo común, no hablan de tan gran cantidad de sustancias diferentes».

5) Se presenta la batalla decisiva en que el alma forcejea y ya casi se decide, cuando acometen las vanidades y lo tiran del vestido de su carne:

«Así estaba yo de enfermo y de atormentado y me acosaba a mí mismo con más amargas invectivas que de costumbre y me revolví y me debatía en mi cadena, hasta que se acabase de romper toda entera. Limados estaban ya los grillos que me retenían, pero aún me retenían. Y Vos me presionabais, Señor, en el secreto más vivo de mi alma, y vuestra severa clemencia me flagelaba con azotes alternos de temor y de rubor porque no cesase en mi propósito y no se acabase de quebrar aquel tenue y frágil eslabón; antes se hiciese más fuerte y me cautivase en más rigurosa y despótica esclavitud.

Decíame yo dentro de mí mismo: «Ea, hágase luego; ¡hágase luego!» Y tras la palabra ya me iba a la ejecución. Ya casi lo hacía, pero no lo hacía; y, no obstante, no reincidía en lo pasado; estaba a la vera de mi liberación, y respiraba. Y me esforzaba de nuevo, y casi llegaba, y casi tocaba y casi tenía; pero no, no estaba aún allí, ni tocaba, ni tenía, ambiguo entre morir a la muerte y vivir a la vida. Mayor pujanza tenía en mí lo peor inveterado que lo mejor insólito. Y aquel instante precioso de mi trueque, cuanto más cercano se me hacía, tanto mayor horror me infundía. No me empujaba hacia atrás ni se apartaba del propósito, pero me mantenía en suspensión.

Reteníanme las bagatelas de las bagatelas y las vanidades de las vanidades, antiguas amigas mías, y me

tiraban de mi vestido de carne y me decían a sovoz: «¿Es, pues, cierto que nos dejas?» Y: «Desde este momento no estaremos jamás contigo, jamás por jamás?» Y qué cosas no me sugerían en la expresión, que dije: «Esto ni estotro»; ¡qué cosas no me sugerían, Dios mío! ¡Apártelas del alma de vuestro siervo vuestra misericordia! ¡Qué de suciedades no me sugerían, qué de infamias! Yo las oía como de lejos, menos que a media voz, pues no me contradecían cara a cara con brío y libertad saliéndome al encuentro, sino como ronsoneando a mi espalda, como pellizcándome a hurto en mi huída, para que volviese el rostro a mirarlas. Me retardaban, no obstante, en mi indecisión de arrancarme y sacudirme de ellas y de llegar de un vigoroso brinco a donde me llamaban. Y me decía la costumbre tirana: «¿Piensas que podrás vivir sin ellas?»

6) Viene el golpe de gracia y cae rendido el corazón indómito:

«Pero cuando del bajío más secreto de mi alma mi enérgica introspección dragó y amontonó toda la hediondez de mi miseria ante la vista de mi corazón, surgió una borrasca ingente, preñada de una ingente avenida de lágrimas. Y para soltarla toda a placer con sus voces y sus alaridos, me levanté y me aparté de Alipio —la soledad me parecía mejor para dar licencia a mi lloro— y me retiré a prudente distancia, que no fuese estorbo a mi expansión la presencia del mismo Alipio.

Esta era mi disposición, y él lo sintió, pues no sé qué palabra se me escapó, en la cual el sonido de mi voz iba ya cargado de llanto. Previendo su explosión, me levanté. El permaneció en el lugar donde estábamos sentados, en estupor profundo. Y yo me tendí, no sé cómo, debajo de una higuera y solté el agua caudal de mis lágrimas y desatáronse los ríos de mis ojos, sacrificio a Vos aceptable; y yo os hablé copiosamente, si no con estas palabras, en este sentido: «Y Vos, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo, Señor, vuestro enojo? No os acordéis de nuestras iniquidades antiguas». Sentía yo que ellas me retenían todavía. Y daba voces lastimeras: «¿Cuánto tiempo, cuánto tiempo, mañana y mañana? ¿Por qué no luego? ¿Por qué no es esta hora la hora final de mi turpitud?»

Esto decía, y lloraba con amarguísimo rompimiento de mi corazón. Y he aquí que oigo una voz de la casa vecina, voz de niño o de niña, no lo sé, diciendo y repitiendo muchas veces con cadencia de canto: «Toma, lee; toma, lee». Al punto, quebrada la color del rostro, con gran fijeza comencé a pensar si acostumbraban los niños en alguna suerte de sus juegos cantarriar aquel estri-

billo. Y no recordé haber oído jamás cantilena parecida. Reprimí el caudal impetuoso de mis lágrimas y me levanté, interpretando que no era otro el mandado del Cielo sino que abriese el libro y leyese el primer capítulo que topase. Pues acababa de oír de Antonio que había tomado la lección evangélica, a la que por su ventura sobrevino como una amonestación enderezada a él directamente. La lección que oyó Antonio decía: «Ve, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás tesoro en los cielos, y ven y sígueme». Y con tal oráculo se convirtió luego a Vos.

Así que, con presura, volví al lugar donde estaba sentado Alipio, pues allí había dejado el libro del Apóstol cuando de allí me levanté. Le tomé, le abrí y leí en silencio el primer capítulo sobre el que se arrojaron con avidez mis ojos: «No en beberes y en comeres, no en recámaras y en impurezas, no en contiendas y en envidias; mas vestíos de nuestro Señor Jesucristo y no tengáis cuidado de la carne en sus apetitos». Ni quise ya leer más, ni era menester. Al instante, con el fin de este pasaje, como si una gran luz de seguridad se hubiera infundido en mi corazón, todas las tenebras de mi duda huyeron».

Estos pocos trozos pueden mostrar, si fue hipérbole decir que no se encuentra un autoexamen más desgarrador, más dramático, un itinerario de mente y corazón más jalonado con sangre y lágrimas, con luchas angustiosas; si los filósofos existencialistas encuentran como categoría existencial suprema, la inquietud humana, difícilmente se encontrará un ejemplo más conmovedor que el de Agustín en sus CONFESIONES.

4 — Cuarta caract.: Manera de examinar el interior

Los existencialistas en su análisis del ser humano encuentran que nuestro interior no se puede conocer o pensar como si se tratara de un cuadro visto desde fuera; Kierkegaard, Dilthey, Heidegger, Marcel, Jaspers, rechazan ese modo de conocer intelectual, objetivizador, porque, dicen, así no captamos nuestro ser humano, que no es objeto sino sujeto.

Agustín sí que supo de este nuevo modo de conocer al hombre; él experimentó en carne viva el apotegma socrático: *nosce teipsum*. Agustín —dice Baumgartner— es indudablemente, el psicólogo empírico más importante de la antigüedad. El maneja los métodos introspectivos con suprema maestría. Es un excelente observador de los procesos psíquicos, que intenta sujetarlos en análisis precisos, describirlos, agruparlos y comprenderlos en su interdependencia». Y Grahmann: «El ha visto como

pocos la vida interior, y a él es debida la fundamentación verdadera de los fenómenos psíquicos» (cit. B. A. C., II, 152). Ese conocimiento interior constituye el punto inicial de su filosofía, el fundamento del orden de sus acciones y la última explicación fontal del orden ideal que bulle en el interior del hombre. Agustín, buscador desesperado de la verdad, la encuentra después de innúmeros tanteos, en su interior: «Noli foras ire, in te ipsum redi; in interiore homine habitat veritas» («no salgas a fuera, entra dentro de tí mismo; en lo más íntimo del hombre habita la verdad»); en ese océano ilímite de nuestro interior, está aquello que buscamos, como lujosamente lo describe en el ep. 8 del libro XI y en el ep. 27 del libro X de sus CONFESIONES.

Agustín es maestro insuperable y único en el arte de bucear los abismos del interior humano, pinta con mágico pincel las pasiones humanas, tanto en sus manifestaciones violentas, como en sus notas más dulces y delicadas; un solo ejemplo, la muerte de su amigo...

Con todo esto, nuestra amistad era sabrosa y dulce en extremo, sazónada al fuego de las mismas aficiones. Yo le había descaminado de la verdadera fe, que no demasiado profunda ni entrañablemente profesaba en su adolescencia, torciéndole hacia las fabulosas y perniciosas supersticiones por las cuales mi madre me lloraba. Ya aquel hombre andaba en su mente errado conmigo, y mi alma no podía vivir sin él. Y he aquí que Vos, yendo a los alcances de este vuestro par de esclavos fugitivos, Vos, Dios de las venganzas y a la vez fuente de las misericordias, que por maravillosas trazas nos convertís a Vos; he aquí, digo, que llevasteis aquel hombre de esta vida cuando apenas se había cumplido un año de nuestra amistad, suave para mí más que todas las suavidades de aquella época de mi vida.

¡Con qué dolor quedó mi corazón enlutado! Todo lo que miraba era muerte. Y mi patria era mi suplicio, y la casa paterna una infinita desolación, y todo lo que con él había comunicado se trocó, sin él, en tormento monstruoso. Buscábanle en dondequiera mis ojos, y se les era negado; y había tomado aborrecimiento de todas las cosas porque estaban vacías de él y no podía ya decirme: «¡Vendrá; helo aquí», como cuando vivía y estaba ausente. Yo mismo era un grande enigma para mí y preguntaba a mi alma por qué estaba triste y por qué tan profundamente me turbaba; y no sabía responderme nada. Y si le decía: «Espera en Dios», con toda justicia no me obedecía, porque era más verdadero y mejor aquel hombre amadísimo que perdiera que no es fantas-

ma en quien se le mandaba que esperase. Sólo el llanto me era dulce y había tomado el lugar de mi amigo en las delicias de mi alma.

Y ahora, Señor, aquello ya ha pasado y el tiempo ha puesto consuelo a mi herida. ¿Podría yo oír de Vos, que sois la Verdad, y aplicar a vuestra boca la oreja de mi corazón para que me digáis por qué el llanto es dulce a los miserables? ¿Será que Vos, por ventura, que estáis presente a todas las cosas, echasteis lejos de Vos nuestra miseria y Vos tenéis morada en Vos mismo y nosotros rodamos de experiencia en experiencia? Y, con todo, si no llorásemos a vuestros oídos, ningún resto quedaría de nuestra esperanza. ¿De dónde viene, pues, que de la amargura de la vida se coge fruto suave: gemir y llorar, suspirar y quejarse? ¿Acaso será dulce por eso, porque esperamos que Vos nos oiréis? Seguramente ocurre esto en las plegarias, por el deseo que llevan consigo de llegar a Vos. Pero acontece esto mismo en el dolor de la cosa perdida y en el deshecho llanto con que le acompañé en su apartamiento? Porque no esperaba yo que mi amigo había de revivir, ni yo lo pedía con mis lágrimas, sino que solamente me lamentaba y lloraba. Misero era yo y había perdido mi gozo. ¿Por ventura, el llanto es amargo por sí mismo y por empacho de las cosas de que antes gozábamos, pero este mismo llanto, cuando las tenemos en aversión, nos causa deleite?

Pero yo no sé qué afecto había nacido en mí, contrario en extremo de éste, y gravísimos eran simultáneamente en mí el tedio de la vida y el miedo de la muerte. Creo yo que cuanto más amaba al amigo, tanto más aborrecía y temía la muerte que me lo había quitado como enemiga atrozísima, y pensaba que súbitamente iba a acabar con todos los hombres como pudo acabar con él. Así era yo en aquella contingencia; muy bien me acuerdo.

Expresión feliz halló aquel que dijo de un amigo suyo: «mitad de su alma». Porque yo sentí que mi alma y su alma fueron una sola alma en dos cuerpos; y por ende, causábame horror la vida, porque no quería vivirla menguado de mi otra mitad; y por ello temía acaso morir para que no muriera todo aquel a quien había amado con extremo.

¡Oh locura, que no sabe amar a los hombres humanamente! ¡Oh hombre insensato, que lleva las cosas humanas sin moderación! Tal era yo en aquel tiempo; así que enardecíame y suspiraba y lloraba y me turbaba y no hallaba descanso ni consejo. Llevaba a cuestras mi alma despedazada y ensangrentada, que no quería ser llevada de mí y no encontraba en dónde ponerla: no en los bosques deleitosos, no en los juegos ni en la música,

ni en los fragantes jardines, ni en los convites brillantes, ni en los placeres del aposento y la recámara; ni, por fin, hallaba descanso en los libros y en los versos. Dábanme horror todas las cosas, y aun la misma luz, y todo lo que no era lo que era él me era tedioso y no llevadero, fuera de los gemidos y lágrimas; pues en ellas solas hallaba alguna pequeña porción de respiro. Y cuando del llanto era destetada mi alma, sentíame agobiado de la gran carga de mi miseria».

Por la imposibilidad de traducir con palabras el interior del hombre, Agustín rompe las formas clásicas para crear nuevas de su propio cuño, cálidas y palpitantes como arrancadas de su mismo corazón. Todas las CONFESIONES están tachonadas de frases o aforismos que se han incorporado al lenguaje de la humanidad: «Da quod jubes et jube quod vis» (X,29); «Pondus meum amor meus: eo feror quocumque feror. Requies nostra, locus nostræ» (XIII,9).

5 — Quinta caract.: Vida afectiva y mundo de los valores

Los existencialistas al rehuir para su nuevo modo de pensar la vía intelectual-especulativa, proclaman como único medio de acceso al ser humano, la vía emotiva-práctica; con ello Max Scheler descubre el misterioso mundo de los valores. Allá en el interior humano hay un mundo, que no es aquel frío y geométrico de Descartes o de Kant, sino el mundo de los imperativos dinámicos, vitales, afectivos y espirituales, cuya síntesis suprema es el amor. San Agustín es en esto tan contemporáneo que el mismo Scheler invita con su filosofía de los valores, a que volvamos a S. Agustín, como lo hacen Ortega, Pascal y otros que profesan la llamada filosofía del corazón.

Aquí la maestría de S. Agustín no tiene par; uno de los más renombrados agustinólogos modernos, F. Cayré (Revue de Phil., 1946) afirma que todo el drama de las CONFESIONES se cifra en considerar al hombre como personalmente comprometido con la doctrina que adopte, o sea, en interpretar esa misteriosa dinámica de la obligación, que no exige vivir conforme a la verdad profesada, no obstante las infidelidades nuestras, las que no hacen sino agravar y torturar el llamamiento amoroso emergido de lo más hondo; todos están de acuerdo en que el pensamiento de Agustín se compendia en la filosofía del amor, hecho carne y vida en sus CONFESIONES; cuando en el libro X, cap. 39, recuenta los trances y peligros de esta vida, los

ve espejados en los temblores de su corazón y exclama sobrecogido por el pasmo, que a pesar de que nada puede curar su sed de amor, sino Dios, el corazón en esta vida sigue herido de amor, y concluye: «Y algunas veces me introducía en la intimidad de un extraño sentimiento inusitado, muy adentro de mí, a no sé qué misteriosa dulzura, que si alcanzara en mí su plenitud no sé qué será, lo que no será esta vida» (X,40). Allí en ese interior no hay distancias entre el espíritu que comprende la Verdad, la voluntad que la obra y el corazón que la ama:

«¡Oh Verdad, lumbre de mi corazón, que no sean mis tinieblas las que me hablen! Yo me dejé deslizar hasta ellas y quedé a oscuras; pero del fondo de esta ceguedad, sí, del fondo de esta ceguedad, os adamé. Anduve errado y me acordé de Vos. Oí vuestra voz tras de mí, que me revocaba; apenas la oí, por el estruendo de mis pasiones no apaciguadas. Y he aquí que ahora, sediento y anhelante, vuelvo a vuestro manantial. Nadie me aleje; de él beberé, y entonces viviré. Que no sea yo mi propia vida; viví mal por mi culpa; fui la muerte de mí mismo; revivo en Vos. Habladme Vos».

La teoría agustiniana del amor, que da primacía en el hombre a su voluntad, llevará a Agustín a uno de los problemas cruciales y claves del existencialismo, la libertad, de la cual disertará incomparablemente; en sus CONFESIONES no trata especulativamente la libertad, pero este gran enigma del corazón humano late en muchas de sus páginas como cuando diserta sobre el aliciente del pecado, el amor del mal (II,5 y 6), el problema del mal y la ley moral (III,7 y 8), etc...

6 — Sexta caract.: temporalidad

Heidegger en su análisis de la angustia como constitutivo del ser humano, encuentra como constitutivo del hombre su temporalidad o devenir que revela su nada al aglutinar en el presente, su pasado y su futuro; análogamente habían concluido Kierkegaard y Sartre, hasta que Jaspers ve en esa presencia del ser humano consigo mismo, un signo-índice para trascenderse. También Agustín dedica un libro entero de sus «Confesiones», el XI, a uno de los más metafísicos y psicológicos estudios que se hayan escrito sobre el tiempo; con intuiciones geniales que se anticipan a «Ser y tiempo» de Heidegger, se adentra a considerar la misma temporalidad del hombre (cfr. cps. 16, 27 y 29); pero no deja hundido al hombre en la nada, como los ateos contemporáneos, sino que de su misma contingencia

temporal, lo lleva a trascender hasta el Creador colocado sobre todos los tiempos.

7 — Séptima caract.: Problema ético

El problema ético, las reglas morales en el proceder humano, es uno de los tópicos más estudiados en el existencialismo, que se dirige al hombre para hacerlo más responsable, más persona. Para Kierkegaard, la suprema categoría existencial está en situarse el hombre frente a Dios de donde surge el sentimiento de culpa. En dirección contraria Sartre quita de en medio a Dios para quedarse solo y concluir que el hombre es pasión inútil, absurdo y que por consiguiente, como nada hay fijo y racional, no existe bien o mal moral. Por las citas anteriores podemos afirmar que en sus CONFESIONES, S. Agustín analiza psicológicamente el problema para después, en un tratado especial «De Malo» y «de libero arbitrio», solucionarlo en toda su amplitud metafísica.

8 — Octava caract.: La fenomenología

Uno de los rasgos más esenciales del existencialismo, quizás el más afín a S. Agustín, es aquel profundo análisis de los fenómenos de la conciencia humana; en la filosofía actual se le llama «fenomenología», la que tanto desarrollo ha tomado en los últimos años. También S. Agustín supo penetrar en los más secretos repliegues de la conciencia humana, como lo vimos. Difícilmente se encuentra en la filosofía universal un análisis más completo y penetrante de la conciencia humana como el que se hace en el *libro X de las Conf. desde el cap. 17 hasta el 27*, donde escruta esa prodigiosa facultad de la memoria y la conciencia psicológica; recorriendo desde las ínfimas formas de la memoria llega a descubrir a Dios presente y obrando en el fondo del alma. Detallemos un poco este doble estadio:

a) En el primer estadio, *la intuición psicológica* se abisma y admira tanta riqueza: «Grande es Dios mío, esta fuerza de la memoria; grande en exceso; santuario ancho e infinito y quién pudo llegar hasta el suelo de su profundidad?» (X,8). Después de recorrer con fino y sorprendente análisis los vastos palacios de la memoria humana, la sensible, la intelectual, la de los números y dimensiones, la de los actos mismos de la memoria, la de las afecciones del alma, la de las palabras, y la del mismo olvido, irrumpe en admiraciones:

«Grande es la pujanza de la memoria. No sé, Dios mío, qué formidable potencia es, que me inspira un pa-

vor religioso; no sé qué profunda e infinita multiplicidad. ¡Y esto es mi espíritu! ¡Y esto soy yo mismo! ¿Qué soy, pues, yo, Dios mío? Mi esencia, ¿cuál es? Una vida variada, multiforme, inmensa prodigiosamente.

¡Mirad! Hay en mi memoria campañas abiertas y espaciosas, oquedades y antros, cavernas sin número, pobladas hasta el infinito de innumerables objetos de toda especie que allí se guarecen, ora en imágenes solamente, como pasa con los cuerpos; ora por su presencia, como ocurre en las artes; tal vez bajo forma de no sé qué nociones o notaciones, como acontece en las afecciones del alma, que la memoria retiene aun cuando el alma no las experimenta, puesto que en el alma está todo lo que está en la memoria. Por la inmensidad de este panorama yo discurro y llevo mi vuelo breve de una cosa en otra; yo penetro tan profundamente como puedo, y no hallo fin. ¡Tan grande es el poderío de la memoria, tan grande es la potencia de la vida en el hombre efímero, que vive para morir!»

Pasa en seguida a lo que llamarían los existencialistas paradoja de la memoria:

«Muchas cosas recuerdo yo que, habiéndolas perdido, las busqué y las hallé. Y sé harto bien que, al buscar el objeto perdido, cuando alguno me decía: «¿Es esto, por ventura? ¿Será estotro, tal vez?», yo le respondía: «No es», hasta que se me ofrecía aquello que buscaba. De lo cual, si yo no me acordara, cualquiera fuese el objeto que se me ofrecía, no lo hubiera hallado, porque no lo hubiera reconocido. Y siempre pasa así cuando buscamos y hallamos alguna cosa perdida. Mas si algo desaparece de los ojos, pero no de la memoria, verbigracia: un objeto material y visible, queda en nuestro interior su imagen y se le busca hasta que se restituye a los ojos. Una vez hallado, se le reconoce por la imagen interior. Ni decimos haber hallado lo que se perdió si no lo reconocemos, y lo podemos reconocer si no lo recordamos. Así, lo que se perdió para los ojos, consérvase como incrustado en la memoria».

Tenemos aquí apuntes geniales de aquel recóndito inconsciente, tan estudiado en la psicología moderna y que conecta el existencialismo con el psicoanálisis.

b) En el segundo estadio del análisis de la conciencia humana, Agustín emplea una profunda intuición metafísica para comprobar que en la conciencia del hombre jamás se borra el ideal de la felicidad suprema; esa noción tiene que estar allí en la memoria, pues de lo contrario no obraría, «si no conociéramos la noción de vida bienaventurada, no la amaríamos» (X,

20). Adentrándose más en el análisis de esa memoria halla que la noción de bienaventuranza no está en la conciencia, como el recuerdo de una cosa, ni de un número, ni de un poema, ni de un gozo... sino que la tenemos todos los hombres, porque todos concordamos en desear ser felices:

«¿Dónde, pues, y cuándo conocí yo por experiencia mi vida bienaventurada para que la recuerde, la ame y la desee? No soy yo solo o con unos pocos, sino que todos absolutamente queremos ser bienaventurados. Si con noticia cierta no conociésemos con tan recia voluntad. ¿Qué significa esto? Si se pregunta a dos hombres si quieren ir a la guerra, es posible que uno de ellos responda que sí y el otro responda que no. Mas si se les pregunta si quieren ser bienaventurados, luego ambos a dos, sin ninguna duda, responderán que éste es su común deseo. Y para serlo precisamente, el uno quiere ir a la guerra y el otro no quiere ir. ¿Por ventura no será la causa de esta disensión el que el uno pone su gozo en una cosa y el otro en otra? Así que todos concuerdan en querer ser bienaventurados, de la misma manera que concordarían si se les preguntara si querían tener gozo. Este gozo es el que llaman vida bienaventurada. Y si uno le alcanza por un camino y el otro por otro, uno es el fin a donde todos se esfuerzan por llegar: el gozo. Y como el gozo es una cosa que nadie puede decir que no la haya experimentado, por eso, al hallársele en la memoria, se le reconoce cuando se pronuncia el nombre de vida bienaventurada».

El cap. 23 nos dice que ese gozo o felicidad suprema se encuentra en la fruición de la verdad; inmediatamente surge el enigma del corazón humano:

¿De dónde viene que la verdad engendra odio y se tiene por enemigo al siervo vuestro que la predica, siendo así que se ama la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino el gozo de la verdad? Viene de que de tal manera la verdad es amada, que los que aman otra cosa quieren que aquello que aman sea la verdad; y así como no querrían ser engañados, no quieren ser convencidos de su engaño. Por amor de lo que toman por verdad, odian ellos la verdad. Amanla cuando resplandece; la odian cuando reprende. Y como no quieren ser engañados, y quieren engañar, la aman cuando se les descubre, y la odian cuando a ellos los deja en descubierto. Y la sanción que les inflige es ésta: no queriendo ser descubiertos por ella, ella de todas maneras les descubre y ella se queda velada.

Es así, es así, es así el corazón humano. Ciego y enfermo, torpe y vergonzoso, quiere permanecer escondido y no quiere que a él ninguna cosa se le esconda. Pero sucede todo lo contrario, y es que él no queda encubierto a la verdad y a él la verdad le queda encubierta. Y, no obstante, miserable como es, prefiere hallar su gozo en la verdad que en la mentira. Bienaventurado será si, horro de toda molestia, se gozare en la sola verdad por la cual todas las otras cosas son verdades».

Y termina con entrar en el interior del alma para hallar a Dios presente en la conciencia y que la sobrepasa:

«¿En dónde os hallé yo para conoceros? Pues en mi memoria no estabais antes que os conociere. ¿En dónde, pues, os hallé para conoceros sino en Vos por encima de mí? Entre Vos y nos no hay espacio; nos apartamos y nos acercamos; mas no hay espacio que nos separe. Sois la Verdad y en todo lugar os asentáis y presidís para responder a los que os consultan; y simultáneamente respondéis, pero no todos oyen claramente. Todos os consultan lo que quieren, pero no siempre oyen lo que quieren. El mejor discípulo vuestro es aquel que se preocupa menos de oír lo que quiere que de querer lo que de Vos oyere».

Finaliza con la intuición más profunda de la acción divina en alma, intuición que es más clara y evidente que las mismas sensaciones:

«Tarde os amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde os amé. Y he aquí que Vos estabais dentro de mí, y lo de mí mismo estaba fuera. Y por defuera yo os buscaba; y en medio de las hermosuras que creasteis irrumpía yo con toda la insolencia de mi fealdad. Estabais conmigo y yo no estaba con Vos. Manteníanme alejado de Vos aquellas cosas que si en Vos no fuesen, no serían. Pero Vos llamasteis, gritasteis, derrumbasteis mi sordera; centelleasteis, resplandecisteis, ahuyentasteis mi ceguera; derramasteis vuestra fragancia, la inhale en mi respiro y ya suspiro por Vos; gusté, y tengo hambre y sed; me tocasteis y encendíme en el deseo de vuestra paz».

9 — Novena caract.: El encuentro con Dios

El análisis de los fenómenos de conciencia, lleva al existencialismo llamado «abierto», a trascenderse, a traspasar las lindes del ser humano en el amor, en la esperanza, en la gracia, hasta llegar a Dios. Marcel nos dice que en ese amor que es disponibilidad del ser humano, abertura hacia ótro, está la ca-

racterística del hombre. S. Agustín en el libro XIII, cp. 13, al mostrarnos que la esperanza que ve, no es esperanza, nos muestra a ese hombre caminante, triste y oscuro, en pos de aquel amanecer de su esperanza:

«Le confesaré siempre. Madrugaré y veré la salud de mi rostro, que es mi Dios, que vivificará nuestros cuerpos mortales por el Espíritu que habita en nosotros, porque por encima de las tinieblas pegadizas de nuestra vida interior era llevada misericordiosamente. De El, en las jornadas de esta peregrinación, recibimos prenda y gaje de que seremos luz; mientras aún solamente somos sabios por la esperanza e hijos de la luz e hijos del día, no hijos de la noche ni de las tinieblas que otrora fuimos.

Entre ellos y nosotros, en la actual incertidumbre de la ciencia humana, sólo Vos podéis establecer distinción, Vos, que probáis nuestros corazones y llamáis a la luz día y a las tinieblas noche. ¿Quién nos discierne sino Vos? ¿Qué cosa tenemos que no la hayamos recibido de Vos, nosotros, que fuimos hechos vasos de honor de la misma masa que otros fueron hechos vasos de desprecio y de ignominia?»

Todo el existencialismo, y con más razón el ateísmo, centra sus preocupaciones en descifrar el enigma del hombre, que en último término se reduce a la relación del hombre con el Absoluto, Dios. Más que nunca, hoy el hombre siente su orfandad de Dios y el existencialismo es el más agudo síntoma de esa crisis del pensamiento humano; hay en esta filosofía una indigencia, una sed que sólo Dios puede calmar; por eso cuando algunos, como Sartre y tal vez Heidegger, optan por negar a Dios, no nos maravilla verlos diagnosticar que el hombre lo constituye la nada que lo roe y aniquila, que es una pasión vacía e inútil, sin meta, un absurdo...

Sí, el hombre es un absurdo sin Dios. En medio de estas desesperantes tinieblas el genio de Agustín sigue siendo faro: él sí que sintió en propia carne, testigo sus CONFESIONES, los espolazos de la angustia que agobia al hombre contemporáneo.

En ese libro inmortal, Agustín habla al hombre de hoy un lenguaje propio de este siglo; no obstante lo separen diez y seis centurias, le soluciona los problemas de la vida con una filosofía religiosa mezclada con lágrimas y le muestra que las ardientes ansias del alma aquí abajo, tienen su plena saciedad en la bienaventuranza, en ese cielo del cual a veces podemos —aún aquí en nuestro destierro— paladear siquiera unos sorbos.

Finalicemos con la página que narra uno de los arrobos místicos más sublimes que se hayan escrito, síntesis de aquella sed de Dios que devora al hombre:

Era el otoño del 387; Mónica, la madre de Agustín, detenida en el puerto de Ostia a causa de un enfermedad, cuando se proponía volver a Africa, ante la inmensidad del mar y del cielo, sostenida por aquel hijo de sus entrañas y de sus lágrimas y en un coloquio gemelo de sus dos almas, se extasía en divino arrobamiento, hasta que vencida, desfallece. El lienzo famoso de Ary Scheffer —como dice Riber, pg.99— sólo ha podido poner en los ojos de carbón de dos africanos el fuego del deseo inextinguible, y en la carne enjuta y tostada de dos húmedas huérfanos de alma, el sutilísimo estremecimiento que tiene la rama de donde el ave voló. . . :

«En la inminencia del día en que había de salir de esta vida —día que conocíais Vos y nosotros ignorábamos—, aconteció, a lo que yo creo, por amorosa y oculta providencia vuestra, que yo y ella estuviésemos solos, arrimados a una ventana, de donde se descubría la huerta de la casa en que morábamos, en los aledaños de la ciudad de Ostia, sobre el Tíber. Allí, apartados del ruido de las gentes, tras la fatiga del largo camino, nos rehicimos para la navegación. Hablábamos, pues, solos los dos, con gran dulzura recíproca. Olvidando lo pasado y proyectándonos hacia lo por venir, buscábamos juntos, a la luz de la verdad presente que sois Vos, cuál sería la vida eterna de los santos, que ni ojo vió, ni oreja oyó ni subió en corazón de hombre. Abríamos la boca del corazón, anhelante y sedienta a los soberanos raudales de vuestro manantial, fuente de vida que está en Vos; para que, de allá arriba rociados, según nuestra capacidad, de alguna manera pudiéramos considerar materia tan sublime.

Y como nuestra plática llegase a la conclusión de que la delectación de los sentidos carnales, cualquiera que ella fuere, por viva y grande que sea la luz corporal de donde ella irradia, cotejada con la jocundidad de aquella vida, no solamente no sostiene la comparación, pero ni la mención siquiera, levantándonos con ímpetu más ardiente hacia el Ser mismo, recorrimos grado por grado todas las cosas corporales y el mismo cielo de donde el sol y la luna y las estrellas resplandecen sobre la tierra. Y aún subíamos más arriba, pensando interiormente de Vos y admirando vuestras obras. Y llegamos a nuestras almas y las traspasamos hasta arribar a aquella región de abundancia indeficiente, donde para siempre apacentáis a Israel con el pábulo de la verdad. Allí

la vida es la Sabiduría hacedora de todas estas cosas y de las que fueron y de las que han de ser; mas Ella no es hecha, sino que tal es como fué y así será siempre. Antes, no hay en Ella ni pasado ni futuro, sino ser simplemente, porque es eterna, puesto que haber sido y haber de ser no es eterno. Y mientras de Ella íbamos hablando, anhelantes y deseosos, llegamos a tocarla un poco en un supremo alzamiento y vuelo del corazón. Y lanzamos un hondo suspiro y dejamos prendidas y palpitantes allá arriba estas primicias del Espíritu. Y luego tomamos, ¡ay dolor!, el camino del descenso al son de nuestra boca, donde nace la palabra y muere la palabra. ¿Y qué cosa existe semejante a vuestro Verbo, Señor nuestro, que permanece siempre en Sí, sin envejecer, y que renueva todas las cosas?

Y decíamos: Si hubiese alguno para quien callase el tumulto de la carne; y callasen los fantasmas de la tierra y de las aguas y del aire; y callase el cielo, y hasta su propia alma callase y saliese fuera de sí, no pensando en sí; y callasen los sueños y las imaginarias revelaciones; y callase toda lengua y todo signo y todo cuanto nace para desaparecer; si hubiese alguno para quien todo esto callase (porque para quien tiene oídos, todas estas cosas dicen: «No nos hicimos nosotras, sino que nos hizo El, que permanece para siempre»). Y si dicho esto todas las cosas enmudeciesen porque elevaron su oído hacia Aquel que las creó. Y si luego hablase El solo, no por ellas, sino por Sí mismo, para que oyésemos su palabra, no ya por lengua de carne, ni por voz de ángel, ni por tronido de nube, ni por enigma de parábola, sino directamente a El mismo, a quien amamos en estas cosas oímos, a la manera que ahora extendemos las alas de nuestro pensamiento y en su vuelo veloz nos elevamos hasta tocar la sabiduría eterna, inmutable, por encima de todo. Y si este contacto fugaz se prolongase, y se desvaneciesen todas las otras visiones de harto más baja naturaleza. Y si esta sola visión arrebatase al vidente y le absorbiese y le anegase en un piélago sin suelo, de dulzuras, de modo que tal fuese la vida eterna cual fué aquel instante de efímera intuición que nos arrancó el hondo suspiro... Por ventura, todo este cúmulo de cosas ¿no es realización de aquellas palabras evangélicas que dicen: «Entra en el gozo de tu Señor»?

Agustín no ha muerto, pervive en sus Conf. que son su corazón, su filosofía y la luz que conforta y orienta a sus hermanos los hombres.